

(publicado en El Periódico de Aragón el 12-VII-2009, pág. 5)

Nacionalismo guay

Guillermo Pérez Sarrión

gperez@unizar.es

Llega el verano, los viajes de placer son frecuentes y es un buen momento para darse un paseo por un hermoso y entrañable paraje aragonés: San Juan de la Peña, reciente restaurado y abierto al público plenamente en 2007 por iniciativa de la Diputación General de Aragón (nombre más correcto históricamente que el que se quiere imponer, “Gobierno de Aragón”). Vaya por delante lo bueno: la decisión de restaurar el valioso y arruinado monasterio nuevo y poner en valor la cuna de Aragón, generando patrimonio y empleo en una comarca tan necesitada, fue plenamente acertada. La obra restaurada, centrada en el enorme monasterio nuevo que en el siglo XVIII se añadió al cercano y primitivo monasterio medieval, más conocido y mejor conservado, merece sin duda una visita, enmarcada por un paraje natural maravilloso.

El monasterio nuevo había sido abandonado hacia 1836 y estaba casi arrasado, y hoy el núcleo de lo que se ve es las excavaciones del ala norte que han alumbrado toda la estructura del edificio. Sobre ellas, inteligentemente, se ha construido, sobre suelo transparente, un centro de interpretación de lo que fue e importó el monasterio en la historia de Aragón. El visitante pasea pudiendo ver lo que queda de la obra primitiva. Hasta aquí, sobresaliente. El otro objeto que más atrae la atención es la gran iglesia, cuya hermosa fachada y fábrica han sido totalmente restauradas.

Desnuda por dentro, alberga lo que se presenta como núcleo de la visita: un documental que pretende ser una interpretación de la historia de Aragón. Aquí empiezan los problemas. Porque el mensaje central de la visita, un documental con gran (y, desde mi punto de vista, inútil) alarde de tecnología, es un fraude: cinco pantallas simultáneas y un escenario giratorio sirven para dar una idea de la historia del viejo reino que no se merece ni el turista más despistado, ni desde luego cualquiera que quiera que los visitantes se lleven una imagen seria de esta comunidad autónoma. Y dura nada menos que tres cuartos de hora.

El documental es un rosario de banalidades y omisiones. Más o menos el argumento empieza defendiendo que el origen de Aragón está en el agua porque la comunidad tomó su nombre del río así llamado según un término de origen indoeuropeo (de Roma, ni palabra). Más de quince minutos se consumen en esto y en contar a continuación con todo detalle historias de condados, príncipes y princesas que entre los siglos XI y XIII, en medio de luchas y peleas, dieron lugar al reino. De pronto, no se sabe bien cómo ni por qué, el reino se sometió a la protección papal y de ahí los colores de la dinastía. Poco después, a partir de la unión de Petronila con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, Aragón inició una expansión que le llevó a dominar el Mediterráneo. Y desde un barco que ocupa tres pantallas, se nos cuenta que se decía que todos los peces de este mar llevaban en su lomo pintadas las barras de Aragón (de Cataluña, ni palabra; de Valencia, ni palabra; de cómo se produjo la expansión, ni palabra). Qué buenos y qué grandes éramos. Sin Cataluña, ni Valencia, ni Mallorca, ni musulmanes, ni judíos, ni nada. Siguen casi diez minutos dedicados a contar en dibujos animados la ceremonia de la coronación de los reyes de Aragón, que se hacía en Zaragoza (pero ni una palabra de su importancia política, ni de que la capital de la Corona estaba en Barcelona. ¿Se imaginan qué pasaría si el hoy

príncipe de Asturias, título del heredero de la Corona de Castilla, fuera también príncipe de Gerona, título de los herederos de la Corona de Aragón? ¿Por qué se ha creado en Cataluña una Fundación Príncipe de Girona hace unos meses y las autoridades aragonesas no han participado en nada?).

A partir del siglo XV el reino perfecto se despeña en el vacío. En cinco minutillos se liquida el asunto: Fernando II de Aragón fue un buen rey de Aragón (pero la palabra España ni mentarla), con los Austrias el reino empezó a perder sus libertades (otra vez el rollo), los siglos XVIII y XIX no existen, y de pronto el documental acaba con una traca final por la autonomía aragonesa, la que ha restaurado el monasterio, la que ha recuperado por fin toda esa gran historia de Aragón. O lo que sea. Más o menos el mensaje final, la impresión que el visitante se lleva, es esta: pues que distraído, oye, y ahora ¿dónde comemos, en la pradera o en el restaurante? Es lo que técnicamente podríamos llamar nacionalismo guay, nacionalismo para coleguis. La cosa da además una cierta sensación de estafa, dado el precio de la entrada.

Hay otra forma de ver el pasado del reino: intentar contar lo que realmente pasó, transmitiendo valores ciudadanos, algo fundamental para fomentar la ciudadanía. Su existencia política no se explica sin las cruzadas. Los grandes logros políticos del reino se produjeron gracias a la unión con Cataluña y Valencia. El reino fue una tierra de tolerancia, de mezcla racial y de religiones, de amor por la ley, como otros reinos peninsulares. La unión con la Corona de Castilla no fue un desastre sino una gran oportunidad para estar presentes en el concierto europeo y americano. Las cortes de Aragón, en el momento de su desaparición, eran un organismo bastante obsoleto para gobernar. La pérdida de los fueros fue parcial, fue compartida con otros reinos, y a ella siguió una etapa de claro progreso material y político. Y luego el reino no dejó de existir como comunidad, unida a otras y formando España. Todo esto, explicar honestamente lo que pasó, supondría inculcar valores en el ciudadano, en el turista: libertad, tolerancia, progreso, cooperación. Y mostrar que Aragón no es una comunidad política que quepa entender por sí misma, aislada de las demás que componen España e incluso Europa.

Por desgracia no ha sido así. El documental de San Juan de la Peña ha caído una vez más en la trampa metodológica del nacionalismo meteorológico, el que los nacionalistas catalanes impusieron en sus mapas del tiempo hace no demasiado: Cataluña limita al norte con Francia, al este con el mar, al sur y al oeste con nada (salvo que convenga: hoy se pone un mapa de los mal llamados Países Catalanes que incluye el Rosellón francés, Valencia y parte de Aragón). Eso en historia quiere decir: mi historia la hago yo, y sin el vecino (salvo que convenga). Historia de Cataluña, historia perfecta. Aquí, igual.

En fin, a ver si no tenemos en cuenta estos malos ejemplos y explicamos nuestra historia citando a los vecinos, a España, a Europa, que no son el demonio. Si no, me pido que ese nacionalismo aragonés tan romo se llame nacionalismo guay y que las clases de historia se sustituyan por un videojuego. Total, como es una cosa de ordenadores, por lo menos sería muy moderno. Y siendo de eso, en Educación me harían caso. Porque ya se ve que lo importante es ser moderno, aunque no se sepa para qué.

(1.192 palabras)